

Lobo mexicano



Hasta hace unos siglos, el lobo mexicano corría libre por las tierras silvestres de Arizona, Nuevo México y Texas y en nuestro país abundaba en la Sierra Madre Occidental y en la Oriental, así como en el área volcánica central. Su dieta consistía principalmente de ungulados como venados cola blanca y wapitíes. Su misteriosa y majestuosa presencia, sus complejos comportamientos y vínculos sociales, sus habilidades de caza en grupo y su impresionante aullido hicieron que el lobo mexicano fuera venerado por las tribus que habitaban en sus territorios.

El Lobo Gris Mexicano (*Canis lupus baileyi*) es una subespecie que actualmente se encuentra en peligro de extinción. En 1982 se implementó el plan de recuperación del Lobo Mexicano a través de lobos de linaje "certificado", el cual, ha llegado a puntos críticos en cuanto a su futuro desarrollo, principalmente por problemas genéticos y de reintroducción a su hábitat.

La reflexión que plantea el título de este ensayo, nos remite a la crítica situación en que se encuentra la raza mexicana del que, quizá, sea el animal silvestre más incomprendido: el lobo gris (*canis lupus*).

El lobo ha sido víctima del descredito provocado por cuentos y leyendas que lo señalan como una especie “peligrosa y sanguinaria”. Estas historias, repetidas durante muchas generaciones y, en tiempos modernos, acrecentadas y distorsionadas por los medios de comunicación (principalmente cine y televisión), han convertido al lobo, a los ojos de la mayoría de las personas, en una verdadera “amenaza viviente” cuya existencia no se puede entender: cómo es posible que una criatura que mata por placer, que emite aterradores aullidos y que a la menor oportunidad nos puede devorar, siga existiendo?



Pues bien, resulta que “el lobo no es como lo pintan” y su verdadera historia dista mucho de parecerse a la del animal “malvado” y “sanguinario” que nos han “pintado”. El lobo es en realidad un animal que, como cualquier otro, responde a instintos y necesidades. Su penetrante mirada, sus poderosas mandíbulas con agudos colmillos y su melancólico aullido, no son “instrumentos diabólicos”, sino adaptaciones que le permiten ser un depredador exitoso, comunicarse y sobrevivir desde hace cientos de miles de años. A pesar de que mata para comer, el lobo solo ataca a sus presas para alimentarse y, ciertamente, el ser humano no está incluido en su menú, como lo comprueba el hecho de que en América, no se ha documentado algún ataque de lobos al hombre. No obstante, el lobo ha desarrollado

adaptaciones y comportamientos por los cuales algunas culturas y personas lo admiran: lealtad, fidelidad, valentía y astucia, entre otras.

A pesar del rechazo generalizado de los humanos al lobo, irónicamente fue el primer animal que se domesticó, para transformarlo en “el mejor amigo del hombre”: el perro. Pero el cariño y gusto por los perros, no han impedido que persigamos al lobo por considerarlo aun nuestro enemigo, lo que finalmente, ha provocado su desaparición de más del 50% del territorio que alguna vez ocupó en América y, en este proceso, su total erradicación de México.

GENIO Y FIGURA HASTA LA SEPULTURA

El lobo mexicano (*Canis lupus baileyi*) es una raza de lobo gris que se adaptó, con ligeros cambios morfológicos, conductuales y genéticos, a las condiciones de las sierras y mesetas del norte y centro de México y del sur de los Estados Unidos- región original de su distribución- donde evolucionó en un aislamiento geográfico durante los últimos miles de años. Sin embargo, el mexicano es tan lobo como lo es el lobo antártico, el canadiense o el europeo.

Los estudiosos del lobo mexicano, han concluido que su tamaño es más pequeño que el de los lobos del resto de Norteamérica; aun así, alcanza la talla de un perro pastor alemán y un peso entre 21 y 41 kg, siendo los machos considerablemente mayores que las hembras. La longitud total de su cuerpo es de 140 a 180 cm y su altura a la cruz oscila entre 65 y 80 cm. Su pelaje es corto en verano y tupido en invierno y su color por lo regular es leonado.

Su cabeza es grande, de hocico largo y macizo con una crin a manera de melena, que crece de la base del cuello a los lados de la cara. Esta característica, al igual que su cola recta, patas grandes y la posición oblicua de sus ojos (lo que le da su mirada profunda), son distintivas de su especie.



Debido a que el lobo mexicano fue erradicado mucho antes de que algún científico estudiara sus hábitos, sabemos poco sobre su comportamiento natural. Basados en los relatos de cazadores, tramperos y naturalistas que todavía pudieron verlo en campo y en las observaciones que se han hecho en cautiverio, se puede afirmar que, al igual que los lobos de otras regiones del planeta, es un animal sociable que forma manadas que desarrollan un trabajo coordinado en la cacería y la crianza de los cachorros.

Se piensa que los lobos mexicanos se reunían formando grupos familiares o manadas cuyo tamaño era más bien pequeño (tres a cinco animales) en comparación con las grandes manadas, de hasta 12 individuos o más, que llegan a formar los lobos que habitan Rusia, Canadá y Alaska, donde el tamaño de sus presas (bisontes, alces, renos, ciervos, bueyes almizcleros, etc...), requiere cooperación de un mayor número de lobos para abatirlas. La presa habitual del lobo mexicano parece haber sido el venado cola blanca (*Odocoileus virginianus*), que bien pueden matar uno o dos lobos juntos. También se sabe que cazaba pecarí de collar (*Tayassu tajacu*), así como conejos (*Sylvilagus sp.*) y otros mamíferos medianos y pequeños. Ocasionalmente, cazaba berrendos (*Antilocapra americana*) y quizá borregos cimarrones (*Ovis canadensis*), aunque las poblaciones de estos herbívoros fueron diezmadas por los humanos en México y, por tanto, constituían presas poco comunes.



DESAPARICION “COMO POR ARTE DE MAGIA”



Por sorprendente que parezca, cuando los españoles comenzaron a colonizar nuestro territorio, encontraron lobos en los bosques templados que rodean al Valle de México e incluso más al sur. Existen registros de lobos en los bosques de Michoacán e incluso en el norte de la sierra de Oaxaca. También hay registros de su presencia en las faldas del Nevado de Toluca, en el Estado de México, donde se les perseguía, capturaba y cazaba por medio de “loberas”, que eran hoyos profundos en el suelo, disimulados con hojas y ramas y que, por medio

De un señuelo, generalmente un cabrito, atraían a los lobos, que quedaban atrapados en su interior. Una de estas trampas se uso hasta los últimos años del siglo XIX, lo que evidencia la tenacidad de supervivencia de esta especie que, perseguida desde la Colonia, logro sobrevivir en la región más poblada de nuestro país, hasta hace relativamente poco tiempo. Los últimos lobos del centro de México se reportaron en las estribaciones del Pico de Orizaba, Veracruz, los primeros años del siglo XX.

Después, los lobos solo sobrevivieron en las montañas y praderas templadas del norte de México, en la sierra Madre Occidental. Aquí se refugiaron y prosperaron, pues esta región se conservo poco alterada hasta principios del siglo XX y la población humana era escasa, debido a la presencia de apaches. Con la desaparición de esta tribu, la ganadería, la minería y la explotación forestal, se adentraron en los confines más alejados de la sierra, alterando su balance natural e incrementando los conflictos entre lobos y humanos.

QUIEN ES REALMENTE EL FERROZ?

La ganadería favoreció una situación que resultó ser trágica para los lobos y la justificación para que, ganaderos y gobiernos de México y Estados Unidos, iniciaran una verdadera guerra en su contra para evitar el ataque al ganado.

La excesiva cacería de venados, la competencia por alimento entre estos y las vacas y la destrucción de su hábitat, provocó que fueran escaseando cada vez más en esa región. Al mismo tiempo,



los lobos, que encontraban con menor frecuencia a los venados y con mayor frecuencia a las vacas en bosques y praderas, descubrieron que estas, a diferencia de aquellos, eran lentas, de movimientos torpes y con más carne. Además, sus becerros eran aun más fáciles de matar, lo que en lógica de cualquier depredador, fue una fortuna. A partir de entonces, tuvieron una nueva presa disponible, que compensaba con creces la ausencia de aquellas que estaba habituado a cazar con mayor esfuerzo.

Desde luego, no todos los lobos hicieron este “descubrimiento” y se piensa que la mayoría prefirieron, a pesar de todo, mantenerse alejados de los ranchos ganaderos y de su terrible enemigo humano. No podemos negar, sin embargo, que algunos lobos se aficionaron al ganado y mataron un número considerable de vacas y becerros, lo que incluso los hizo famosos entre los rancheros de la región, que les dieron nombre y ofrecieron jugosas recompensas por sus cabezas. La “guerra” contra el lobo mexicano comenzó en los primeros años del siglo XX y, aunque fue una guerra fiera y los ganaderos recurrían a todas las “armas” a su alcance, incluyendo trampas de cebo, destrucción de madrigueras y uso de venados como estricnina, fue a finales de la Segunda Guerra Mundial que se sintetizó un nuevo compuesto químico, el monofluoracetato de sodio, que sirvió como veneno “ideal” para acabar con el lobo.

Este veneno, conocido como 1080-numero de modificaciones hechas al compuesto original-, fue el arma infalible contra lobos por sus características: ausencia de olor, sabor y color y un poder letal, que en horas provocaba la muerte de cualquier animal.

En 1970 los lobos quedan totalmente erradicados en el sur de los EEUU y, a fines de esa década, únicamente sobrevivían algunos en México. Cuando todo parecía predecir que también esos últimos desaparecerían, provocando la irremediable extinción de la raza, un evento afortunado dio una luz de esperanza.

LOBO ¿ ESTÁS AHÍ?

En 1976 el lobo mexicano fue incluido en la lista de especies amenazadas del “Acta de Especies en Peligro” de EEUU, ley que obligo a su gobierno a emprender un programa de recuperación para evitar su desaparición. Lograrlo solo era posible si se salvaban los pocos lobos que aun vivían en las montañas de México y, a partir de ellos, se recuperaba una población en el suroeste de EEUU. Por lo mismo, se firmo un acuerdo con el gobierno mexicano para capturar algunos lobos e iniciar un programa de reproducción en cautiverio, para incrementar su número y permitir su liberación futura en sus áreas de distribución original.

Para implementar el plan, el Servicio de Pesca y Vida Silvestre de los Estados Unidos contrato en 1977 a Roy T. McBride, biólogo y trampero experimentado en cacería de lobos, que en esa época trabajaba en nuestro país para los ganaderos eliminando los lobos de sus ranchos. En esa ocasión, McBride fue contratado para trampear vivos a cuantos lobos pudiera.



McBride capturo cinco lobos en las montañas de Chihuahua y Durango y, además, hizo una estimación de la población total de lobos que sobrevivía en Mexico, concluyendo que quizá no superaba los 50 individuos, dispersos en un área de Chihuahua a Zacatecas.

Este panorama comprometió el éxito del programa, pues el número de animales fundadores fue muy bajo: de los cinco lobos capturados, solo tres se cruzaron (dos machos y una hembra) y se sospechaba que uno de los dos machos era hijo de la única hembra capturada. Esta hembra llegó preñada de otro lobo nunca capturado. Sin embargo, como los cachorros de ambos sí contribuyeron genéticamente al programa de reproducción, este macho desconocido también se considera fundador del que después sería conocido como “Linaje McBride”.

El resultado en las primeras etapas del programa de reproducción en cautiverio, fue una población de lobos mexicanos con un alto grado de consanguinidad, cuya viabilidad estaba seriamente amenazada por esta causa. Ante esto, uno se pregunta porque los gobiernos de México y EEUU no le brindaron a los lobos que aun sobrevivían en 1977, toda la protección posible como estrategia para la recuperación de una población silvestre en un área realmente protegida de nuestra geografía. Lo cierto, es que en ese momento nadie en México se preocupó por el futuro de los lobos, por lo que, de no haber sido por los que McBride capturó, hoy sería una especie más en la lista de especies irremediablemente extintas en México.



Tras superar años de incertidumbre y riesgo de fracaso, gracias a la incorporación de otros dos linajes que se encontraban en cautiverio (Linaje Ghost Ranch y San Juan de Aragón) el programa rindió frutos e incorporo a Mexico enviando en 1988, tres parejas de lobos descendientes de los capturados por McBride. Con ellos inicia Mexico un programa de reproducción en cautiverio, cuyo propósito, al menos en teoría, era recuperar, a partir de los animales criados en cautiverio, al menos una población silvestre y alojarla dentro de una zona protegida en su área de distribución natural.

Sin embargo, el gobierno mexicano en aquel entonces cacería de un plan y los recursos necesarios para lograr este objetivo, por lo que este quedaría solo en papel y, la atención a los lobos, en manos de los centros que los recibieron. Muchos de los primeros lobos que “regresaron” a Mexico, murieron por falta de atención y recursos.

Han pasado 14 años desde entonces y, la población en Mexico de lobos mexicanos en cautiverio se ha incrementado considerablemente (alrededor de 95 hasta el día de hoy), gracias al esfuerzo y dedicación de muchos centros públicos y privados que participan en su crianza. Aun así, el futuro del lobo como especie que se reintegre al entorno silvestre de Mexico, se vislumbra incierto y en el camino, el tiempo se nos está acabando.



LAS RAICES DE UN “ARBOL FAMILIAR”

A partir de la población original de lobos capturados por McBride entre 1977 y 1980, la población en cautiverio aumento a 107 lobos en 1995. En este mismo año se añadieron el “linaje Ghost Ranch”, que se deriva de dos lobos llevados al Zoológico de Chapultepec en la mitad de la década de los 70. Se desconoce el lugar de origen de los ancestros del linaje Aragón, pero se piensa que no están relacionados con los otros linajes.

El linaje Ghost Ranch no había sido incluido previamente en el Studbook, debido a quejas sin fundamento de que el macho semental inicial (N°293) era un híbrido lobo/perro. El linaje Aragón, tampoco se había incluido porque se desconocía el sitio de origen de los lobos y también porque, generalmente, no se aceptaba la determinación de subespecie basada únicamente en las diferencias físicas. Se iniciaron investigaciones sobre la genética de estos tres linajes para disipar estas y otras dudas y se llegó a la conclusión de que los tres linajes estaban integrados por lobos mexicanos (*Canis lupus baileyi*) puros.

En julio de 1995, el Servicio de Pesca y Vida Silvestre de los Estados Unidos acepto de manera oficial esta conclusión. En ese tiempo el linaje Ghost Ranch estaba formado por 25 lobos y el linaje Aragón por ocho lobos. Ambos se combinaron con los 107 lobos que hasta entonces existían en el linaje McBride.

Para noviembre del 2002, vivían 266 lobos mexicanos, descendientes de las cruzas entre estos tres linajes. En esta fecha, el total de lobos que habían nacido, a lo largo de 25 años, dentro del Programa de Reproducción en Cautiverio, sumaba 801.

Son 67 las instituciones que han participado (hasta noviembre 2002), en la reproducción y/o alojamiento en cautiverio de lobos mexicanos. De estas, a la fecha solo 45 mantienen lobos mexicanos.



LOBOS O NO LOBOS, HE AHÍ EL DILEMA

Desde hace varios años, las personas e instituciones que buscan la recuperación del lobo en México, se agruparon para diseñar una estrategia de recuperación abalada por el gobierno mexicano, que permita avanzar a metas concretas. Este grupo, denominado Subcomité Técnico Consultivo Nacional para la Recuperación del Lobo Mexicano (STCNRLM), trabaja como asesor del gobierno, en particular de la Dirección General de Vida Silvestre de la Secretaría del Medio Ambiente y Recursos Naturales (SEMARNAT). El STCNRLM ha avanzado en varios aspectos, pero actualmente, parece encontrarse en un silencioso e incierto “compas de espera”, pues a pesar de que ya se han identificado los últimos remanentes del hábitat original del lobo en nuestro país, en donde podría ser reintroducido, todavía no se logra el consenso público que garantice que el papel (y la vida) de los lobos en el campo, serán respetados una vez que se les reintegre.

Los ganaderos, campesinos y personas del campo mexicano, aun temen el regreso del lobo. Temen que volverá a matar vacas indiscriminadamente y que estos pueda ser una carga más para la ganadería, principal actividad económica a nivel rural, que de por si enfrenta adversidades como sequías y la competencia desleal por el Acuerdo de Libre Comercio para Norteamérica (TLC).

Casi toda la discusión sobre si el lobo debe continuar su evolución en el campo, independiente de la influencia humana, se ha enfocado a su impacto en la economía rural, pues para los ganaderos, el lobo no representa un beneficio a su actividad, sino un posible daño debido a las perdidas por los ataques a su ganado.



Sin menospreciar esta argumentación, el punto de discusión nos parece que debería enfocarse al futuro que deseamos: queremos que predominen los argumentos utilitarios sobre las reglas de la naturaleza que le permiten al hombre, como a cualquier otra especie, vivir y satisfacer sus necesidades? En este momento de la humanidad en que conocemos y comprendemos la función de las especies vivientes, el beneficio directo e indirecto que representan para el ser humano y las implicaciones de su extinción, estamos dispuestos a provocar deliberadamente la desaparición de especies que a nuestros ojos nos dañan, cuando fuimos nosotros los que ocasionamos ese daño, desequilibrando la naturaleza e invadiendo todos los rincones silvestres del planeta?

Si la sociedad mexicana en conjunto (no solo ganaderos, conservacionistas o autoridades ambientales) opta por preservar al lobo y las especies que forman nuestro patrimonio natural (lo que esperamos), entonces debemos encontrar alternativas que permitan que esto se cumpla sin daño irreparable para los lobos y para los ganaderos. En muchos países de Europa, el Estado compensa a los rancheros que crían ganado en zonas donde hay lobos y otros depredadores, para que no pierdan económicamente si mueren cabezas de ganado por ataques de estos animales; al mismo tiempo, ha creado y protegido vastas zonas salvajes donde los lobos encuentran suficiente alimento en las especies silvestres (venados, jabalíes, etc...), por lo que los ataques al ganado son pocos y esporádicos.

Este es el tipo de alternativas que los mexicanos debemos diseñar para lograr un balance entre lo necesario y lo correcto, pues de otra forma, no podemos vislumbrar un futuro promisorio para nuestra biodiversidad, ni posibilidades de mayor bienestar para nuestra sociedad.

